

Las apartadas mimosas toman formas extrañas, alargándose ó extendiéndose, desdoblándose al centro, como reflejadas en este lago engañoso que cubre las arenas sin rumor y que se agita sin necesidad de soplo de aire en el espacio.

Todo, en fin, deslumbra, fatiga y desvanece, inquietando la imaginación por el gran esplendor triste y desierto del sitio.

En el fondo, siempre las montañas sombrías bajo grupos de nubes pesadas. Aquí todo acaba en una especie de desolación indecisa y tenebrosa, perdiéndose la vista en negras profundidades. Tal es el interior de Africa que vive detrás de estas obscuridades y tormentas.

SOBRE LA MUERTE .

DEL ALMIRANTE COURBET.

I.

A bordo de *La Triunfante*, rada de Mac-Kung,
viernes 12 de Junio de 1885.

.....Lo que oí de esta muerte fué bien poco; escribirlo me parece casi rebajar semejante desgracia rodeándola de muchos detalles insignificantes.

Ocurrió ayer, á las siete de la tarde, mientras alegremente comíamos en nuestro barco. De pronto se oye el rumor de una canoa que se aproxima, y los timoneles nos dicen que procede del *Bayardo* y es portadora de una carta para el Comandante. Despertóse gran curiosidad con el incidente, porque algo grave debía suceder. ¿Se habría firmado ya la paz?..... ¿Se renovaría la guerra?.....

No; nada de esto era, sino cosa terrible é im-

prevista: el Almirante se hallaba moribundo, quizás muerto en aquel instante fatal, y la canoa daba la vuelta á la escuadra para participar la triste nueva.

Circuló como el rayo hasta la más alta verga donde los marineros canturriaban, preparando precisamente una representación teatral que debía celebrarse el próximo domingo, con música y coros; hízose al punto el silencio; silencio profundo, espontáneo, pues nadie lo impuso.

Las gentes que están en Francia no pueden comprender estas cosas, ni la consternación que se produjo por la noticia, ni el prestigio que supo conquistarse el Almirante en su escuadra.

Se llenarán los periódicos de elogios, mejor ó peor escritos; se le levantará en algún sitio una estatua; se hablará de la catástrofe durante ocho días en nuestra olvidadiza Francia; pero seguramente jamás se concebirá todo lo que con él perdemos nosotros los marinos. Por más que pienso, no se ha de discurrir nada que sea tan glorioso para su memoria como el mudo abatimiento de las dotaciones.

Y es que nadie había previsto que pudiera morir de aquel modo.

La lancha se apartó del buque siguiendo su carrera y avisando por todas partes el desastre. Entonces el comandante hizo que le dispusieran su bote para trasladarse al *Bayardo* inmediatamente, mientras nosotros hablando bajo aguardábamos.

A las ocho entré de guardia. Espesa la noche; tendidas las cubiertas por causa de la menuda lluvia que caía desde la puesta del sol; calor húmedo, tormentoso, abrumador.

Hiciéronse los preparativos de ordenanza para recibir al Comandante cuando volviera; llamé al jefe de guardia, que era precisamente Ives (nuestros destinos respectivos nos reunieron una vez más sobre el mismo barco), y comenzamos á cumplir nuestra obligación.

Veíase afuera en la negra bruma las luces de la escuadra que parecían las de una gran ciudad, ciudad errante que venía á descansar después de dos meses en este punto del mar chino.

La lluvia caía lentamente sin parar y sin un solo soplo de viento; recordábame las noches aque-

llas tristes de Bretaña, excepto el calor irrespirable, malsano, que pesaba sobre nosotros como losa de plomo.

Pues en esta noche tranquila, en medio de toda esta calma, el jefe guerrero agonizaba en una pequeña cámara de á bordo y en espera de una muerte silenciosa y oscura.

Mientras que él se acercaba al fin, de él hablábamos nosotros. Su gloria ha recorrido el mundo, y sería ligereza insigne ocuparnos de ella; le sobrevivirá seguramente.

Pero aquellos que no le vieron de cerca no pueden saber que corazón tenía este hombre.

Estas existencias de marineros y soldados que durante dos años ignoraba Francia cuánto le costaban realmente, él las conocía y las apreciaba en su justo valor, porque él era un gran jefe que se mostraba avaro de la sangre francesa.

Sus batallas se hallaban combinadas, calculadas y pensadas con precisión tan grande, que el resultado, á veces instantáneo, se lograba siempre con escasa pérdida de los nuestros. Terminada la acción, se convertía ya en otro hombre; á la dureza

del mando sucedía la dulzura con que visitaba las ambulancias con sonrisa triste y bondadosa.

Quería ver á todos los heridos, aun á los más modestos y humildes, estrechar su mano, y ellos morían más contentos fortalecidos por su amigable visita.

El bote del Comandante no volvía, y al divisar las luces del *Bayardo*, á través de la noche y de la menuda lluvia, seguíamos hablando del Almirante.

Apenas hacía cinco días que vino á bordo de nuestro barco á presenciar un lanzamiento de torpedos, y recuerdo que fué la última vez que apreté su mano, alargada con sencilla y distinguida benevolencia. En esa ocasión nos alegró verle tan alerta, tan valiente, tan repuesto de sus anteriores fatigas. En pleno mediodía, en pleno sol, subió á un pequeño torpedero para circular por esta rada unida y deslumbradora, caldeada al blanco.

Filábamos de prisa, de prisa, hendiendo la inmovilidad del aire, empujados por nuestra misma carrera, y respirando por tal causa con cierta libertad, casi bien.

Parece que aun le estoy viendo sentado á dos pasos de mí, destacándose su alto busto sobre todo el azul luminoso; correcto en su traje siempre, la levita abrochada hasta el cuello, como si estuviera en Francia, con sus guantes de piel de Suecia y siguiendo con la vista esa especie de largos peces de hierro que mandaba lanzar delante de él.

Igual influencia que en los demás ejercía en mí el prestigio de este Almirante; de una manera más razonada tal vez que los marineros, pero no menos completa por eso; y como otros tantos ignorados, le hubiera seguido á cualquier parte con absoluta sumisión.

Y es que me inclinaba ante esta gran figura del deber, incomprendible en nuestra época de personajes tan pequeños. A mis ojos era una especie de encarnación de todas esas viejas palabras sublimes de honor, heroísmo, abnegación, patria.

El escritor que se sienta con alientos para hacer su elogio fúnebre, deberá reunir todas ellas, rejuvenecerlas; pues vulgarizadas hoy, á propósito de gentes cualesquiera que no arriesgaron jamás su vida en ninguna parte, parece ya que no tie-

nen sentido bastante elevado tratándose de él.

Y tenía su secreto este Almirante para conseguir al mismo tiempo ser tan severo y tan amado. Porque jefe duro, inflexible, tanto para los demás como para sí mismo, nunca dejaba traslucir su sensibilidad exquisita ni sus lágrimas sino á los que iban á morir.

Jamás admitía la menor discusión respecto de sus órdenes, conservándose siempre, sin embargo, perfectamente cortés. Tenía su manera especial de mandar, imperiosa, breve. «¿Me ha comprendido usted, amigo mío?..... ¡Andando!» Un saludo, un apretón de manos, y concluido. Y se iba adonde decía, al frente de un reducido número de hombres, con la mayor confianza, porque el plan era de él, y se volvía con éxito, aunque la cosa fuera extremadamente difícil y peligrosa.

Los millares de hombres que se batían habían puesto su vida en las manos del Almirante, hallando muy natural que dispusiera de ellas cuando las necesitara. Como persona era exigente, y, sin embargo, jamás murmuraban contra él, ni sus marineros, ni sus soldados, ni aun toda esa tropa

extraña de *zafires*, de árabes, de anamitas que también mandaba.

¿Quién podrá contar las cosas verdaderamente épicas que se han realizado en esta isla de Formosa, y escribir el largo martirologio de los que en ella murieron? Toda clase de sufrimientos, tempestades, fríos, calores, miserias, disenterías, fiebres, y sin embargo esos hombres no murmuraban, y á veces ni habían comido ni dormido, volviendo después de una terrible campaña expuestos á las balas chinas, cansados, agotados y empapados sus pobres vestidos de la eterna lluvia de Kelung. El Almirante, porque era preciso, en términos breves y bruscos les comunicaba la orden para marchar de nuevo, y aquellos valientes se erguían para obedecerle, y caían á seguida por una causa estéril, mientras que la Francia, ocupada en todas esas pequeñas querellas de elecciones y de interior, apenas si dirigía una distraída mirada para verles morir.

Excepto á las familias de los marinos, ¿á quien en nuestro país impedía que durmiese ó se divirtiera esta pobre gloriosa escuadra de Formosa?

En las frecuentes horas de ansiedad y en medio de las empresas que parecían dudosas, se decía desde que á él mismo ó sólo su pabellón, se divisaba desde lejos: «Ya está aquí; esto es todo lo que se necesita, y la cosa concluirá bien puesto que viene.» Y en efecto, terminaba bien, siempre, de la manera precisa y exacta que sólo él, muy reservado en sus proyectos, había preparado y previsto.

No creo que entre nuestros enemigos de Europa exista un jefe de escuadra que se le parezca, ni que pueda comparársele, y quizá hubiera sido preciso guardarle preciosamente para alguna gran lucha nacional, en vez de dejarlo aquí gastarse y morir.

Ruido de remos fuera; es una lancha que se acerca; los centinelas la divisan.

—¡A bordo el Comandante!

Inmediatamente se forma un grupo cerca de la escala, aunque no sea muy correcto dentro de la disciplina; y es que los oficiales, como los marineros, impulsados por la gran ansiedad de adquirir noticias, se adelantan para escuchar al paso las primeras palabras del Comandante.

Nos dice que el Almirante respira todavía, aunque débilmente, pero que se halla irremisiblemente perdido. Con los ojos ya cerrados, no habla desde las seis de la tarde, y tiene las manos cruzadas sobre el pecho, frías y cadavéricas: su aspecto muy tranquilo revela claramente que no sufre.

No se sabe exactamente de qué muere; pero indudablemente muere de aniquilamiento y de exceso de fatiga intelectual.

Al principio corrió la voz de que había adquirido ese contagio innominado de que nadie se atreve á hablar y que cada día nos roba bruscamente unos cuantos de los nuestros. Ahora se asegura que no es eso, sino las dos enfermedades lentas de este país amarillo: la disentería y la hepatitis, que hace muchos meses contrajo, parece que le vencieron y dominaron de repente. Y sobre todo, muere de otra cosa, de trabajo excesivo, de descorazonamiento y de toda clase de decepciones en vista del resultado nulo que sus hermosas victorias produjeron en Francia.

Los socorros humanos no pueden ya nada para salvarlo, ni aun calentar sus miembros, que se in-

movilizan más y más y están impregnados de un sudor frío, á pesar del calor de esta noche tormentosa.

Una lancha del *Bayardo* debe venir á advertirnos del triste fin, cuando ocurra.

Poco después, Ives y yo, que seguimos de guardia, volvimos á pasearnos, aguardando la llegada de esa lancha y recordando á aquellos de nuestros amigos que han muerto en esta guerra. Lista bien larga, si en ella se comprenden los nombres de los pobres ignorados, simples marineros ó soldados.

El más sentido por nosotros dos es Enrique Dehorter, teniente de navío mortalmente herido en Tamsui. Era para mí un amigo muy antiguo, de hacía quince años; un protector á la vez que amigo para Ives, á quien le recomendé durante mi ausencia; y ¡qué valiente y qué bueno, y qué vivo y animado y agradable!

Cuando recibió en el pecho la bala china que puso término á sus días estaba yo en Francia, y su última carta, bien alegre por cierto, llegó á mis manos cuando ya él no existía. «Uno más, decía Ives, amado de todos nosotros. Todavía tengo yo

presente la sonrisa placentera con que me acogió la mañana misma del *desembarque*, cuando le llevé á tierra con su compañía en la lancha de vapor, y exclamé: «¡Buena suerte, capitán!» A las dos horas la lancha nos lo traía con el pecho atravesado. Algo más tarde iban viniendo todos nuestros heridos, que llenaban los botes. ¡Dios mío, qué día aquel!

»Y como nuestros prisioneros chinos se alegraban de verlos pasar á bordo, el Comandante dió la orden de encerrarlos abajo en la cala, pues de otro modo los marineros se hallaban dispuestos á arrojarlos al mar.

»¡Pobre señor Dehorter! Se le preparó un lecho sobre el puente, entre dos escotillas con un lienzo alrededor para formarle una especie de cámara pequeña.

»Al día siguiente, mientras se ejecutaba el lavado del barco, le oí que me llamaba desde su lecho: «¡Ives!» Era para darme la mano, que recuerdo bien lo que quemaba.

»Allí murió, en el fumadero, donde los últimos días estuvo acostado.

»Después se colocó su caja de plomo en la lancha de vapor para nuestra travesía á Cochinchina. Y una noche tormentosa por poco se lleva el ataúd la mar.»

A mi vez cuento yo á Ives la visita que hice á su tumba recién construída, de paso para Saigón, y que él no había visto.

Con otros tenientes de navío, compañeros míos, convine en que nos reuniéramos á las seis de la tarde delante del cementerio para llevar á cabo juntos esa triste visita. Lejos de la ciudad se encontraba; mi carruaje de alquiler caminaba de prisa, y sin embargo llegué á la cita con retraso, efecto de las muchas cosas que tuve que hacer en ese único día que estaba libre, encontrándome solo en aquel gran cercado á donde jamás había venido, siendo la puesta del sol y procurando encontrar la tumba por vagas indicaciones.

El cementerio de Saigón parece un mundo, y es mucho mayor que el que correspondería á una población de cien mil almas en Francia; muestra bien elocuente y que dice por sí mucho acerca de este extremo del Oriente. ¡Cuántas cruces, cruces

ó simples montones de tierra, cubiertos por todas partes de hierba! Un suelo rojo, árboles muy verdes, aquella tarde dorados por los rayos de un sol que escapaba, flores tropicales extrañas, y una multitud de grandes mariposas como las de los abanicos chinos, revoloteando en este silencioso campo de los muertos.

Todas estas cosas exóticas, lejanas, eran muy tristes.

Temía no dar con la tumba que buscaba, y marcharme de este país á la mañana siguiente sin haberla visto me hubiera parecido muy penoso.

Por fin divisé, detrás de algunos arbustos, allá abajo, un grupo de camaradas, descubiertos y mirando al suelo: allí era.

En una gran losa muy sencilla, pero que durará algún tiempo, estaba inscrito su nombre: *Enrique Dehorter*, en letra bastante honda, con la designación del combate en que gloriosamente recibió su herida mortal. Algunas coronas ya pasadas nos hicieron pensar que con nuestra precipitación no pensamos en traer otras nuevas!

.

Ives y yo abandonamos á seguida esta conversación para ocuparnos del acontecimiento presente, de la catástrofe del Almirante, que dominaba nuestro pensamiento por completo.

Ives decía: «Jamás cuidaba de sí mismo; todo era para los demás. ¡Bajar á tierra, á la ambulancia seguidamente, á riesgo de contagiarse con la pícara enfermedad del país!.....»

Y con efecto, hasta los últimos días sus visitas á los enfermos habían continuado con admirable fidelidad. La semana pasada apresuróse á dejar su barco para ir, con lluvia verdaderamente tormentosa, hasta el campamento de infantería de marina á dar un abrazo á un pobre teniente herido cerca de él, en Sou-Zag, en otro tiempo, y que ahora sufría la *enfermedad* innominada y terrible que le mató aquella misma noche.

Y aun el lunes por la mañana se le vió con el sol abrasador de las nueve, seguir descubierta el fúnebre cortejo de otro oficial, víctima también del contagio. Su casco en la mano, abrochado hasta el cuello, correcto siempre y en todos los actos, atravesó las callejuelas desiertas de Ma-Kung y

acompañó el cadáver hasta unos arrozales y maizales en que se ha improvisado nuestro cementerio.

Desde hace dos meses, este triste Ma-Kung ha presenciado multitud de enterramientos franceses; sobre todo al principio, cuando las ruinas aún estaban frescas, los buddas tirados al suelo, las casas destruidas y todavía en el espacio el olor de la pólvora y del chino fusilado, en la gran pagoda donde se instaló nuestro hospital la *enfermedad* hizo estragos aterradores. Todos los días veíanse salir estos pequeños grupos de veinte hombres, el arma á la funerala, pisoteando los escombros, los trozos de porcelana, los jirones de seda, los restos de sombrillas.

En ese ataúd hecho de prisa y corriendo con viejas maderas doradas, algún pobre soldado obscuro se iba sin sacerdote ni oraciones á dormir en medio de los campos sembrados de maíz y de las crucecitas negras que habíamos colocado en ellos.

Al verles pasar los llorábamos, lamentándonos de que no pudieran encontrar otro género de muerte menos penosa, y ahora..... nuestro Gene-

ral está espirando precisamente del mismo mal, á pesar de su gloria.....

Los marineros de guardia, que no habían podido conciliar el sueño insuficiente del puente del barco, paseábanse en grupos y se les oía que también hablaban de él: «Pero todavía no ha *concluído*, ¿no es verdad? (Usaban la frase *concluído* como más respetuosa que la de *muerto*.) Y mientras un hombre no está difunto.....» No querían convencerse, no entraba en su cabeza, que el Almirante debiese desaparecer así de nuestro lado y para siempre.

Hacia las once, el contramaestre se nos acercó á Ives y á mí, para acompañarnos en nuestros *cien pasos*; las distancias de ordenanza parecían haberse borrado ante la solemnidad de aquel duelo común y todos hablábamos indistintamente unos con otros. Este bravo contramaestre sentía la imperiosa necesidad de recordar y contar por milésima vez la gran gloria de Tu-Tchen, y al terminar con los detalles de su narración encontraba las frases finales siguientes: «Y la mar se cubrió instantáneamente de multitud de cosas que flotaban,

como si se hubiera vaciado sobre las aguas un saco de plumas..... SOLO QUE ERAN CADÁVERES.....»

Cuando acabó nuestra guardia aun no habíamos recibido ninguna comunicación del *Bayardo*, y esta falta de noticias nos permitía alimentar alguna esperanza, considerando cuán largo era el silencio.

Pero algunos minutos después de media noche, había yo bajado á mi cámara y oí el ruido confuso y monótono de una lancha de vapor que se acercaba, y á seguida comprendí lo que ocurría.

Puse atención para escucharlo todo mejor, y en esto, una voz, la del marinero de centinela, pregunta precipitadamente: «¿Qué hay?» De la lancha contesta otra voz: «*Ha concluído.....*» Me dormí bajo la impresión que estas palabras me produjeron, y soñé con el Almirante, empeñado en combates, y mezclada en raros funerales mi visión.

Al día siguiente nos dijeron de qué manera silenciosa y casi dulce había venido la muerte á cernerse como simulando el sueño. Desde las seis de la tarde, ni un movimiento, ni una sola queja

había exhalado. Agotados todos los medios para fortalecer y lograr un poco de calor á los miembros del ilustre Almirante que se helaba, fueron ineficaces los intentos y se desistió de mortificarle dejándole en el reposo absoluto.

Los oficiales del *Bayardo* se hallaban reunidos á su alrededor, casi tan inmóviles como él, abatidos por el estupor que les causaba la catástrofe; dos marineros agitaban incesantemente grandes abanicos sobre su cabeza.

Un poco antes de las diez, no oyéndole ya respirar, se puso delante de su boca el cristal de su antejo, colgado aún de su cuello; después un espejo; nada, ni una ligera sombra; entonces el médico mayor dijo en voz muy baja: «Señores, el Almirante ha muerto.»

En los primeros momentos nadie pestañeó, ni lloró; minutos de silencio transcurrieron hasta que se escuchó un sollozo, un solo sollozo, que se escapaba de aquellos distintos pechos.